

Gerardo Deniz y pico

Edgar Esquivel

“Cada cual tiene la poesía que se merece”. Tal aproximación, a propósito de un brevísimo texto donde el asomo de la traducción desmenuza esa pertinaz evocación, “De Mongolia a México”, del libro *Paños menores*, no define —oportuna obviedad— a Gerardo Deniz (1934-2014) que fue muchas cosas (lector, poeta, fabulador, narrador, ensayista, melómano, traductor, poseso de lo felino) y pensó demasiadas más, lanzando así, con súbito subrepticio o irónico escepticismo, al lector de su obra —en cualquier terreno de los que avizoró— a un pozo donde “a menudo se cree encontrar en el lenguaje mismo cosas que originalmente no existen. Un pequeño recuerdo personal lo ejemplifica”.

Hay elementos para presumir que la ambición por lo uniforme (dedúzcanse a modo casos precisos) es consustancial a lo humano, claro que lo opuesto también, de ahí que abunden las suposiciones y arrebatos por las reglas o los deberes y, faltaba más, por sus contrarios. El debate es viejo y al parecer irresoluble. Eso conlleva ventajas reales pese al clamor rabioso que provoca la disonancia: hay obsesión por el juicio y la condena. Sin embargo, existen expresiones (el arte) que logran escapar al marasmo de la dicha infinita discusión y, más por voluntad que por fortuna, azar o necesidad, se sitúan fuera del alcance de la insípida interpretación (la belleza es simetría, no desproporción) pues parten, dijo otro poeta reiteradamente célebre, “desde la soledad o el cuarto de uno mismo, nunca desde los otros”.

Aquí Deniz:

EDUCACIÓN

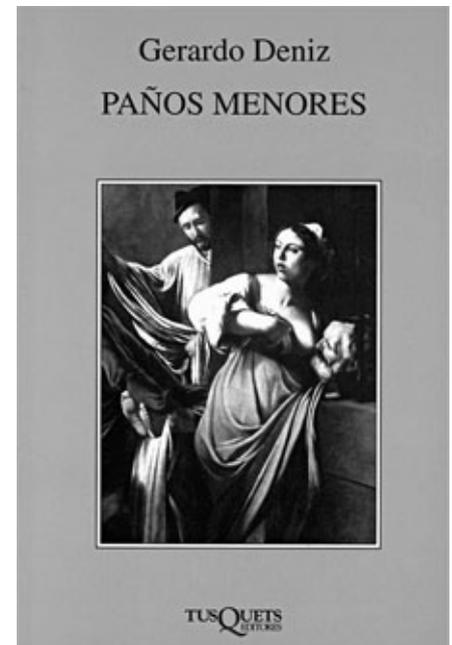
1

Los dibujantes o caricaturistas y autores
[obscenos
tienen grave responsabilidad social,

pues deben ofrecer una visión científica
[del universo,
lo cual es harto difícil,
y, encima, luchar contra un folklore
[oscurantista
(así, por pura ignorancia,
tardé mucho en tratar como era debido
varias caras graciosas)

Es evidente que no siempre de tal conjetura (“creer encontrar en el lenguaje mismo cosas que originalmente no existen”) nacen, o se nutren, las obras maestras de la literatura —recuérdese que la genialidad es cosa rara y su “resplandor suprime cualquier ambigüedad”— ni mucho menos un pulcro y honesto ejercicio de crítica (más escaso aun). Todo ello no infiere necesariamente, en otro sentido, que la apropiación de una lectura, hecho artístico o suceso cotidiano (ocurre que a veces abjuramos de ello) deba erradicar la personalidad, o identidad, de quien mira, escucha o pretende entender y sentir (pero de que se puede, qué duda cabe, pregunten a Cervantes). Quizás es un asunto, justamente, de educación (mala, buena, ¿a quién interesan esas ilusiones?), de vicios nada ocultos que permanecen en la circunstancia efusiva, y no pocas veces cursi, de la manera fácil de interpretar: la traslación emotiva, que no cognitiva. ¿Es la literatura mera probabilidad, o es lo que es pero no lo que dicen que es?

El tiempo, el tiempo literario que se mide por la ferocidad (vitalidad) del lenguaje asimilado e imaginado, situará en una perspectiva distinta —sólo eso, distinta— los escritos de Gerardo Deniz. ¿Tarde?, ¿después?, ¿temprano?, ¿siempre? Nadie lo sabe pues son categorías o pretextos no imputables a su sagaz reconstrucción de la voluptuosidad del deseo y el fino y lacerante humor que da por sentado que existe una *erótica* de



las ideas, el pensamiento y otras veleidades de la memoria. “Mi infancia, como la mayoría, no fue feliz. Interesante sí lo era”.

Las lecturas cardinales no parecen (de ida o vuelta) y siempre hay palabras y conspicuas observaciones que rescatar (de un Larousse o de la existencia) como las del firmante Deniz, ese “niño ginebrino” sempiterno capaz de ofrecer, como su padre, una fabulística de sobrada razón y felizmente carente de orden y rigor. “Así, a cada genialidad venidera del mundo del Espíritu le tenía yo una fábula oportuna...”.

No vale decir que la introducción a su obra, que se avista de culto permanente —perdurará como sendero original, pese a muchos que sólo miran de lejos tal ventura, para lectores atentos y pacientes— es tal poemario (léase *Erdera*) o tal ensayo o cuento (*Red de agujeritos*, *Alebrijes*). No hay iniciación para la obra de un “intelectual erótico (disculpar el pleonasma)”, sino la exigencia previa de tener un camino andado, cualquiera, pero bien rodado. Esa condición, única, vale por sí misma, se vuelve mítica y abrirá caminos hasta ahora insospechados por escritor alguno. La esperanza yace en las generaciones que ahora nacen o que retan el caos nuestro de cada día. Para ellos queda esa vida, esa obra. “Momentos como éste [Gerardo Deniz es el suyo propio] prueban que la literatura puede ser valiosa”. **U**